

LA DOCTRINA TOMISTA Y LAS FILOSOFÍAS CONTEMPORANEAS

Por EMILIO MARTINEZ TORRES

EN el criterio de todos los filósofos la figura de Santo Tomás aparece en el firmamento de la filosofía como un astro de primera magnitud. Todos, tanto partidarios como enemigos, reconocen en él un talento extraordinario y unas dotes de sistematización y asimilación portentosas. Temperamento frío, razonador, no se advierte, en él, la inquietud angustiada, obsesiva, llena de calor por un problema como en el caso de San Agustín y de Descartes. Espíritu serenamente deductivo, casi desesperante en su anodina objetividad, sus deducciones doctrinales son el postulado de una intuición central ontológica tan asombrosamente profunda como no la ha logrado tal vez inteligencia humana alguna. Al mismo tiempo su modestia es tan grande que por ninguna parte se advierte el apego a su propio yo, como quien se ha entregado en cuerpo y alma al culto de la verdad. Piedra a piedra levantó con el esfuerzo de toda su vida, el magnífico edificio de su filosofía teológica: edificio que permanece como cimiento básico de la teología cristiana. No en balde se ha comparado muchas veces la *Summa* teológica, su obra mejor, a una catedral gótica, en la que la armonía del conjunto y el equilibrio de sus columnas y arbotantes, en este caso de tesis, razonamientos y objeciones, forman un todo acabado y perfecto que parece elevarse al cielo como una oración.

Oposición inicial y triunfo tomista.

No obstante, la doctrina de Santo Tomás tuvo que abrirse paso en medio de luchas procedentes de distintas direcciones, y en este sentido se mostró como luchador infatigable que no cedía nunca en la defensa de sus tesis. La oposición más tenaz fué la que surgió de los mismos medios ortodoxos. El motivo principal de esta oposición fué que durante toda la edad media ejerció un claro dominio en las cátedras y filósofos cristianos la corriente platónico-agustiniana. La autoridad de Platón y de San Agustín, y la de muchas escuelas místicas y de infinidad de filósofos, entre los que destacaban San Anselmo y San Buenaventura, la respaldaban como el valladar más seguro de la fe cristiana. Esta corriente filosófica defendía, en resumen: el predominio de la voluntad sobre la razón, la independencia sustancial del alma con relación al cuerpo, la producción activa de las imágenes sensibles por el sujeto cognoscente y la importancia desmedida de las ideas, las cuales eran a su vez fruto de una iluminación divina. Todo ello y otras tesis similares de menor importancia daban a esta corriente un carácter de subjetividad, de interioridad de la verdad, cuyo asiento era el alma hecha para la contemplación de las ideas divinas.

Pues bien, Santo Tomás, siguiendo los pasos de su maestro San Alberto Magno, se opone decididamente a ella, aun a trueque de encontrar seria resistencia, y defiende la vía opuesta, iniciada por Aristóteles, de ir a las cosas directamente y tomarlas como punto de partida de todo conocimiento; sostiene que la razón entresaca de las cosas por abstracción las ideas universales, desechando al mismo tiempo todo subjetivismo y toda especial iluminación divina en el conocer humano, y junto a ello el predominio de la razón sobre la voluntad.

Esta postura realista le atrajo infinidad de adversarios. No hay que olvidar tampoco que la filosofía aristotélica era considerada en la época de Santo Tomás como herética o muy próxima a la herejía: de aquí que el sabor aristotélico de su doctrina le creara enemigos por todas partes; pero Santo Tomás no desiste, ha visto con luz meridiana el fulgor de la verdad y a su defensa consagrará todos los desvelos.

Para Santo Tomás el sistema aristotélico era el primer paso importante dado con acierto en la búsqueda de la verdad. Se hacía necesario continuar, aprovechando al mismo tiempo todos los descubrimientos hechos por los otros sistemas, y, sobre todo, era imprescindible coronar el edificio aristotélico con la cúpula divina.

La síntesis perfecta de todos estos elementos lo logra íntegramente Santo Tomás, y éste es quizá uno de sus mayores méritos. Nunca se habían armonizado tan perfectamente y con tanta independencia la fe y la razón. Para el doctor Angélico la razón humana, investigando por su propio esfuerzo y de cara a las cosas, llega a unas verdades eternas, inmutables, que están en consonancia con las verdades reveladas.

Muy pronto la doctrina tomista se abre paso dentro del seno de la más pura ortodoxia y rápidamente se impone en los medios filosófico-cristianos como la más auténtica expresión de la verdad y también como la mejor defensa de la fe contra los gentiles. Y lo mismo los concilios de la Iglesia que los romanos pontífices, especialmente León XIII y el Papa actual, han aconsejado la doctrina tomista como la guía más segura en el camino de la razón, y han adoptado la *Summa* como el texto oficial en donde ha de inspirarse toda formación filosófica.

El tomismo, el Renacimiento y las filosofías modernas.

A pesar de esta aceptación casi unánime dentro de la Iglesia, las filosofías modernas y contemporáneas se han apartado y hasta se han opuesto casi siempre a las tesis tomistas.

Si se compara, como es nuestro propósito, la doctrina de Santo Tomás con estas otras filosofías, podremos ver en fuerte claroscuro los caracteres distintivos y constituyentes de su doctrina y apreciar claramente las diferencias que existen entre ellas.

Primeramente, el brote de orientación empirista que arrancaba de la Universidad de Oxford y que se continúa en G. Ockam, desfigura el valor y el carácter del conocimiento, que según el tomismo versaba sobre lo universal, y restringe su objeto a lo individual, negando con ello teóricamente todo lo que no se base en la evidencia de los sentidos. Se inicia ahora la separación y ruptura entre la teología y la filosofía. Casi al mismo tiempo el Renacimiento, guiado por un humanismo que se pega con exceso a la forma literaria de los clásicos, se vuelve también de espaldas a todo lo que signifique escolasticismo y tomismo.

La concepción de la naturaleza según los primeros hombres que se consagraron a la experimentación de los fenómenos en los siglos xv y xvi, encuentra su expresión metafísica en el sistema cartesiano. Conoce Descartes la filosofía tomista por su educación con los jesuitas, pero rechazando la existencia de las formas sustanciales, defendidas por

Santo Tomás, reduce, con un radicalismo sin límite, los seres del universo a pura extensión y el alma humana a pensamiento. Un mecanicismo universal regula, según Descartes, la marcha y evolución de los seres y fenómenos, mientras la razón humana, incrementada en su poder deductivo, cree tener capacidad suficiente para deducir por sí sola y contando con la evidencia inmediata, toda la verdad filosófica. El universo pierde con Descartes la jerarquía, la independencia de los seres y la ordenación intrínseca hacia el fin que Dios ha puesto en su naturaleza.

Mientras en el continente se abren paso las tendencias racionalistas cartesianas, en las islas británicas se desenvuelve, por obra de Locke y de Hume, el empirismo psicológico. Lleva el empirismo en su seno un afán devastador que arremete primeramente: en el orden del ser, contra la realidad de la sustancia y de la causalidad, y luego, en el orden del conocimiento, contra el valor e independencia de la razón, cuyo cometido se limita ahora a asociar las impresiones de los sentidos.

Si el postulado de Descartes es un dogmatismo exagerado, el de los empiristas es un escepticismo absoluto.

La oposición al tomismo continúa acentuándose a finales del siglo XIX con Kant. Pendiente Kant de encontrar en las ciencias físico-matemáticas la base firme y universal que las cimentaba, reduce la realidad a impresiones, al modo del empirismo, pero con la novedad de que estas impresiones se encuentran enmarcadas, primero por unas formas generales de la sensibilidad: el espacio y el tiempo, y luego ordenadas las impresiones de conformidad con las doce categorías de la razón, las cuales pertenecen a la «conciencia general pensante». La base del conocimiento, que para Santo Tomás estriba en la misma esencia o naturaleza específica de las cosas, se trueca ahora en formas generales del pensamiento. Y la cosa en sí o realidad independiente de los seres desaparece o se reduce a una incógnita indescifrable. No sólo rompe el hombre con el universo en la filosofía kantiana para recluírse en el mundo de la conciencia, sino que también el otro problema central de la filosofía tomista, el problema de Dios, desaparece del campo racional para reducirse a un postulado del sentimiento.

Entre este filósofo y Santo Tomás existe la misma diferencia que entre Tolomeo y Copérnico, ya que en el sistema tomista la razón gira alrededor de las cosas, mientras que en el de Kant sucede precisamente lo contrario.

Como una consecuencia del criticismo kantiano surge en Alemania

el idealismo de Fichte, Schelling y Hegel. Sistema tan lleno de logicismo como ajeno al sentido común. Toda la realidad es, para él, devenir de un Espíritu Absoluto. Por una parte se defiende el monismo del universo, y por otra las cosas son simple expresión de la evolución dialéctica de la Idea. En reacción lógica a este idealismo surge un bajo materialismo que no admite ni el ser por sí, ni los seres espirituales, ni el alma humana.

Durante el siglo XIX predomina otro sistema, nueva vertiente de la concepción agnóstico-metafísica del kantismo, que echará sus ramificaciones principalmente por el campo de las ciencias de experimentación: el positivismo. Este sistema pretende absorber toda la realidad en la simple impresión subjetiva. Más allá de esta impresión no se puede determinar la existencia de los seres reales ni la existencia de Dios. Encadenados dentro de la conciencia, no hay posibilidad de analizar lo que pueda darse más allá de ella, porque en último término todo análisis depende del instrumento utilizado.

Idealismo, Materialismo y Positivismo son las tres manifestaciones principales de la filosofía en el siglo XIX y las tres difieren de la filosofía tomista en el concepto de la ciencia y del universo, en el de Dios, en el de la persona humana y en el del fin del hombre.

Los sistemas contemporáneos y Santo Tomás.

La filosofía de nuestro tiempo nace en parte como un enfrentamiento con la del siglo XIX, pero también como su prolongación con el intento de superarla; por eso nos hemos visto precisados a reseñar a grandes rasgos las tesis fundamentales de los sistemas anteriores; de otra forma no podríamos entender el desenvolvimiento filosófico actual.

En nuestro tiempo nos encontramos con las corrientes que son propiamente continuación de movimientos anteriores, como el empirismo materialista y el idealismo, y con corrientes más características de nuestro siglo: la filosofía de la vida, la filosofía de la esencia y sobre todo la filosofía de la existencia.

El empirismo materialista tiene en Inglaterra un defensor de gran renombre y prestigio, tanto en el mundo cultural filosófico como en el político social: Bertrand Russell. Su actividad como escritor es extraordinariamente fecunda. Russell sostiene que los fenómenos psíquicos de la persona dependen de los fisiológicos, negando la sustancia espiritual del alma. La persona humana no es más que una porción insignificante de la naturaleza, de la que el hombre únicamente se eleva porque es

capaz de crearse ideales. Considera falso el ideal de la salvación eterna humana y respecto de la naturaleza de las cosas cree se reduce a meras relaciones sensibles.

El materialismo dialéctico del comunismo, base sobre la que se levanta el sistema soviético, acentúa aún más el carácter material de los seres y no admite otro ideal que el de la salvación del Estado, al que el individuo deberá supeditarse por completo.

Si desde estos sistemas echamos la mirada al sistema tomista nos encontramos con la oposición más total que pudiera imaginarse. Frente a la persona humana, reducida a la vil participación de la naturaleza, Santo Tomás ve en el hombre un microcosmos, pleno de dignidad y de valor, precisamente por componerse de alma y cuerpo y estar hecha el alma a imagen y semejanza de Dios; frente al universo materialista compuesto de átomos o de simples relaciones sensibles, Santo Tomás había labrado un mundo de seres dotados de materia y forma sustancial, que son a su vez expresión externa del divino hacedor.

La otra corriente, continuación de la filosofía del siglo XIX, es el idealismo. Si es verdad que en el primer cuarto de siglo tuvo este sistema una gran significación, en la actualidad su influencia ha disminuido de tal manera que se presenta como la dirección más inerte del pensamiento de nuestros días. En donde más influencia ha ejercido siempre el idealismo ha sido y es en Alemania. Las escuelas neokantianas y neohegelianas han ejercido siempre allí su influencia mayor, pero en la actualidad, como digo, sin dejar de tener importancia se han convertido en magnitudes de segundo grado. Tanto la escuela de Marburgo, orientada a las ciencias exactas de la naturaleza, como la de Baden hacia los valores históricos de la cultura, han pasado el cenit de su influencia.

Otro tanto se podría decir del escritor político y filósofo idealista italiano Benedetto Croce. Es indudable que Croce ejerció una influencia grande en la formación intelectual italiana y hasta europea, y aún en la actualidad se deja sentir el peso de su idealismo historicista con trascendencias claras y preferidas al mundo del arte, pero su doctrina, al igual que su persona, se ve cada día más nublada.

Ni que decir tiene que el idealismo se enfrenta con el tomismo desde otro ángulo, pero con tanta discrepancia como el materialismo. Materialismo e idealismo son sistemas monistas que todo lo reducen a una sola realidad, mientras que el tomismo es pluralista y admite la realidad de Dios distinta e independiente de las cosas y éstas a su vez están dotadas de individualidad e independencia. Una vez más los

extremos se tocan dejando en el centro la concepción clásica del tomismo que separa y diferencia, armonizando en un todo jerárquico el cosmos creado por Dios.

Si en el campo propiamente filosófico ha tenido y tiene una mayor trascendencia la filosofía de la esencia defendida bajo la capa del fenomenalismo por uno de los talentos más preclaros del siglo xx, Edmund Husserl, sin embargo las filosofías que han trascendido más fácilmente al público y han calado las preocupaciones de todo aficionado a esta clase de problemas, son el vitalismo y el existencialismo.

El vitalismo.

El vitalismo tiene su precedente en el conocido filósofo alemán del siglo xix Nietzsche, quien, con furia verdaderamente satánica e indudable talento político, atacó la concepción básica cristiana abogando por la supresión de los valores morales y religiosos y debiendo ser sustituidos por los que exaltan la vida en general. El prototipo del superhombre de Nietzsche, pletórico de orgullo, creador de valores y de espíritu anárquico, ha sido copiado en más de una ocasión y antes del momento actual por algún prohombre político.

Pero quien ha expuesto un vitalismo de más fundadas aspiraciones metafísicas y con ramificaciones en todos los órdenes filosóficos y científicos ha sido el filósofo francés, muerto hace unos años, Henri Bergson, que es sin duda el representante más original y destacado de la nueva corriente vitalista. Su estilo brillante, cuajado de bellas metáforas, y sus grandes conocimientos biológicos dieron a su sistema un aspecto atractivo y hasta bien fundado. Bergson intenta reducir toda la realidad, material y espiritual, a una energía biológica con impulsos creadores. La vida es para él un fluir constante y armónico que se despliega en evolución ininterrumpida. Esta marcha evolutiva encuentra en su camino la resistencia de la materia, mientras que los grados más perfectos de la evolución son el instinto y la inteligencia. Por obra de la pluma mágica de Bergson, que huye consecuentemente del análisis racional para entregarse en manos de la intuición fantástica, el campo filosófico francés se llena de este vitalismo naturalista, con aspiraciones metafísicas y que en algún caso, como en el de Blondel, trata de adaptarse a la teología cristiana.

El vitalismo en forma de pragmatismo se ha divulgado por Inglaterra y Estados Unidos con fuerza arrolladora, teniendo ya repercusiones claras en el orden pedagógico y político-social. El bien y el mal, la

verdad y el error, que para la doctrina tomista están grabadas en la naturaleza de los seres como reflejo positivo o negativo de la esencia divina, son ahora, por obra del pragmatismo, simples fórmulas expresivas de una conveniencia de los individuos o de los pueblos. Un relativismo de los conceptos se sigue necesariamente de él, lo que justifica toda postura y toda concepción, sin que pueda utilizarse un canon o criterio que diferencie o separe el bien del mal, la verdad del error.

Solamente la historia podría arrojar un poco de luz en la distinción de estas nociones, según defiende Dilthey en la valoración de los distintos sistemas, pero como el hombre queda reducido en su naturaleza a simple formación histórica, es inútil tratar de ver las cosas tal como son en sí, pues hasta la concepción historicista diltheniana estará afectada de relativismo.

El existencialismo.

De todas las filosofías contemporáneas ninguna ejerce tanto atractivo y sugestión en el público como el existencialismo. Si bien bajo este título aparece muchas veces tan sólo la falsa moneda que todo sistema se ve forzado a tributar a costa de verse favorecido por el público profano. Del contenido ontológico de la obra de Heidegger *Ser y tiempo* a la vaciedad sucia y ridícula de los existencialistas de los barrios bajos parisinos hay la misma distancia que del agua clara que brota de la fuente al agua encenegada del lodazal. No es que intente defender al existencialismo, sino tan sólo separar conceptos confusos que con tanta frecuencia suelen darse.

Muchas son las modalidades que se titulan en la actualidad existencialistas. Desde el existencialismo cristiano de un Marcell al existencialismo ateo de Sartre, se da toda una gama de matices, pero todas ellas coinciden en partir de la existencia como eje de la metafísica. La existencia clave del sistema se entiende no al modo escolástico-tomista mezclada de esencia y delimitada a un campo del ser, sino como foco central que en constante devenir irradia sobre el campo de la vida su luz y supedita hacia sí las cosas como simples instrumentos del yo. Además, el análisis de la existencia no parte de la consideración objetiva de los seres, como en el tomismo, sino de la captación reflexiva que recoge los estados psicológicos de nuestro yo, principalmente cuando están saturados de angustia y de náusea. Si de una parte el existencialismo nace como una reacción al idealismo con el firme propósito de

salvar la espontaneidad de nuestra vida, de otra no acierta a liberarse de sus garras ni a salir al campo abierto de la objetividad.

También si comparamos el existencialismo con la doctrina tomista advertiremos en seguida hondas diferencias que se acentúan a medida que se profundiza en ambos sistemas.

No han faltado filósofos contemporáneos, como el mismo Maritain, que han querido hacer de Santo Tomás un existencialista; sin embargo, lo único que cabe apreciar en el doctor Angélico para esta intitulación es su afán de llegar a la explicación de lo individual, pero hay que reconocer que el concepto del individuo tomista está saturado de universalidad.

La existencia tomista no es nada si no va agregada a una esencia que es y que sólo deviene cuando pasa de la posibilidad al acto. Otra diferencia es que el punto de partida en Santo Tomás para llegar al ser se apoya en la evidencia de los sentidos, los cuales manifiestan la cosa real, base de toda disquisición metafísica. También el análisis de nuestro yo pudiera servir en el tomismo de guía para llegar al ser como pretende el existencialismo, pero no con exclusividad, y de ninguna forma a través del prisma de los estados psíquicos de angustia o de náusea.

De otra parte, la circunstancia para Santo Tomás tiene su independencia, una independencia que se fundamenta en el pluralismo sensible de los seres materiales y espirituales. Con respecto al existencialismo cristiano, cabe advertir que la trascendencia o Dios constituye el límite de la existencia, sobre la cual no cabe la investigación, mientras que en Santo Tomás, como hemos dicho, la teología se armoniza claramente con la filosofía racional.

Renacimiento tomista actual.

Pero si todas estas filosofías contemporáneas se oponen en mayor o menor grado a la dirección tomista, hemos de registrar con satisfacción el incremento cada día más floreciente de un nuevo tomismo, tanto que en la actualidad este renacer es reconocido como uno de los factores más importantes del presente filosófico. La influencia de Santo Tomás se deja sentir ya hasta en los círculos en los que antes, hasta hace muy poco tiempo, pasaba desapercibido. Sería interminable la relación de los filósofos que hoy defienden la postura tomista; donde con mayor fuerza se ha desarrollado es en Francia y en Bélgica, y últimamente donde se da una proporción de filósofos más adicta al tomismo

es en España. Es más, después de la guerra de liberación todas las cuestiones político-sociales se han orientado con el signo católico y la filosofía ha tomado para sí la defensa de los fundamentos de la fe, precisamente según las líneas tomistas.

Pero esta vuelta de la filosofía tomista no puede tener únicamente la mirada puesta en la renovación del contenido de la *Summa*: sería una aspiración demasiado pequeña. Tiene que aspirar a asimilar las distintas modalidades del pensamiento moderno tan disperso y salvar la crisis filosófica o científica en que se encuentra y que pone en peligro la seguridad del hombre por la posesión de la verdad.

El comentario que suscita tanta diversidad de pareceres es que vivimos en un mundo en quiebra de valores y en medio de una Babel de sistemas que desacreditan a la razón y la avocan al escepticismo. Ya parece inútil inventar nuevos mitos. Nos encontramos ante la disyuntiva clara: o el cristianismo se impone como la expresión de la verdad o no habrá verdad alguna que puedan aceptar los hombres.

Esta imposición cristiana de la verdad se intenta en nuestros días por dos caminos: uno tornando al tomismo en toda su amplitud y rigor, hasta el extremo de apelar al testimonio como fuente indefectible de verdad; y otro, partiendo de una sensibilidad nueva que abrace los problemas que se han suscitado en las filosofías modernas y contemporáneas, dar margen a la subjetividad y, con un criterio amplio, superar a Santo Tomás, como Santo Tomás superó a Aristóteles. No cabe duda que se es más fiel a la tradición cuando se la continúa y se la enriquece que cuando se la repite por rutina. Y aunque la filosofía tomista tiene preponderantemente un carácter objetivo-real, tan dispar al contenido de las filosofías contemporáneas, hay también en ella una base próxima a San Agustín que nos puede recobrar la interioridad de la verdad y llevarnos directamente al Dios-persona sin renunciar a ninguno de los postulados fundamentales ontológicos de la doctrina tomista. Desde este plano y con amplio margen de libertad debe, a nuestro juicio, partir el movimiento filosófico que intente la liberación de la filosofía y de la ciencia hoy en crisis. Esta es la fórmula más viable que puede unir una doctrina, la tomista, con los sistemas tan dispares y orientarlos todos hacia el único puerto de la verdad.

Hoy más que nunca, sin desechar los problemas que nuestra circunstancia temporal nos impone, es preciso volver los ojos al hermano Tomás y seguir los caminos que con la ejemplaridad de su vida, la actitud firme de carácter y la clarividencia intelelectual nos enseñó a todos.